

MEDITACIÓN C

Conformidad con la voluntad de Dios

- I. Nada más justo que querer lo que Dios quiere.
- II. Nada tan excelente y agradable á sus divinos ojos.
- III. Nada que tanto redunde en honra nuestra.

Dios es nuestro centro, del mismo modo que es nuestro primer principio y nuestro último fin. El fin supremo de todos nuestros deseos debe ser reposar en este centro de todos los bienes, unirnos á Dios y á este fin debemos tender en todas nuestras meditaciones. El mayor obstáculo para esa unión es el pecado: hemos dado los primeros pasos para combatirlo; Jesucristo es el lazo de esta unión: nos hemos obligado á transformarnos en Él por su fiel imitación; el amor de Dios consume aquí en la tierra esta unión, con la esperanza de alcanzar la última perfección allá en la eternidad bienaventurada: he ahí porque todos nuestros pensamientos, de algún tiempo acá, no tienen otro objeto que la bienaventuranza eterna, la cual queremos alcanzar por medio de la caridad. Ahora bien, amar á Dios con todas las fuerzas de nuestra alma, y como debemos amarle aquí en la tierra, para prepararnos á amarle como quiere serlo allá en el Cielo, es conformarse enteramente con su divina voluntad; ¿qué es por consiguiente lo que podrá faltarle á nuestra alma cuando esté ya enriquecida con esta virtud que es el complemento de todas las demás?

PUNTO I

¿Qué otra cosa puede darse más justa que la conformidad en todo con la voluntad de Dios?

El orden y la razón exigen que el señor mande y el siervo ejecute sus órdenes; que la verdad sea pre-

ferida al error, la prudencia á la locura; que lo perfecto é inmutable en su perfección sea la regla de lo que no lo es ó lo que es sólo por momentos. Ahora bien, comparando las voluntades que aquí tratamos de unir, la de Dios y la mía, ¿qué vemos?

La voluntad de Dios es la voluntad del amo; la mía la del esclavo: á Él corresponde el derecho de mandar; á mí el de obedecer. Cuando el Sumo Sacerdote Helí oyó por boca de Samuel los terribles castigos con que iba á ser castigada su negligencia, se contentó con responder: *Dominus est, quod bonum est in oculis suis faciat* (1). Hermosa respuesta de la cual debo servirme para acallar las quejas, vencer la resistencia de mi voluntad cuando se halla tentada de rebelarse.

La voluntad de Dios se halla iluminada y dirigida en todo por una soberana sabiduría; la mía se halla rodeada de tinieblas. ¿Quién podrá contar sus yerros? Es continuamente el juguete de algún error. Mi voluntad debe dejarse guiar en punto á la obediencia, lo mismo que el entendimiento en materia de fe. Para someterse á Dios cuando habla, debo renunciar á las razones humanas y entregarme por completo á sus luces.... ¿Acaso no tengo las mismas razones de abandonarme á su voluntad infinitamente sabia para que me guíe, que á su infalible verdad para que me ilumine?

Finalmente, la voluntad de Dios es el recto sendero y la misma santidad. Siempre perfecta: jamás muda. La mía es inclinada al mal, desordenada é inconstante: *Stet ergo regula, dice San Agustín, et quod pravum est ad regulam corrigatur* (2). De lo contrario, ¿qué sucedería? En lugar de seguir la voluntad de Dios, yo querría que Dios siguiera la mía; es decir: por no querer que Dios me santificara, vendría á deshonrarle; ¡qué desorden! *Hæc est hominibus magna et usitata perversitas, ut cum debeant ipsi vivere se*

(1) I Reg., III, 18

(2) In ps., XXXI

cundum voluntatem Dei, ipsi Deum velim vivere secundum voluntatem suam; et cum ipsi nolint corrigi, illum velint depravari (1).

PUNTO II

¿Qué puede darse más excelente y agradable á los ojos del Señor, que conformar mi voluntad con la voluntad de Dios

Dios ha obrado en este mundo dos uniones maravillosas que sobrepujan la comprensión de nuestro espíritu: la unión de la naturaleza humana con la Divinidad en la Persona del Verbo encarnado, la adoramos en Jesucristo; la unión de una maternidad infinitamente fecunda con una virginidad inmarcesible que honramos en María. «Después de estas dos incomparables uniones, dice el P. Nouet, no conozco otra tan excelente como la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina. No hay en el mundo cosa que tanto pueda agradar á Dios y nos asemeje tanto con su Hijo.»

El mismo escritor añade: «Así como Dios hecho Hombre es por eso mismo infinitamente Poderoso, Bueno, Sabio y Santo; del mismo modo la voluntad humana, pasando por el crisol de la voluntad divina, viene á ser también Santa, porque está unida con la misma santidad; todopoderosa, porque se halla unida con la omnipotencia de Dios; perfecta en sumo grado, porque se halla unida con la infinita perfección....» ¿Es posible por consiguiente que Dios no se complazca en un alma identificada con El, y en la cual puede contemplarse?

Parece que haya querido darnos muestra del gozo que experimenta cuando sacrificamos nuestra voluntad á la suya cuando dijo: *He hallado un hombre según mi corazón en la persona de David, hijo de Jesé* y la razón de mi predilección hacia él, es porque hará

(1) In ps., XLV.

todas mis voluntades (1). Encontró á este hombre tal como lo deseaba su corazón, es, pues, porque lo buscaba? Sí, pero hasta ahora inútilmente: por fin lo encontró, ya está pues satisfecho y es menester que hable de ello y que se congratule consigo mismo.

Es cierto que este filial abandono de un alma que se echa sin reserva en las manos de Dios para que disponga de ella como le plazca, es un gran triunfo de la gracia sobre la voluntad humana, sin perjuicio de su libertad; triunfo tanto más lisonjero para aquel que lo alcanza, cuanto que el vencido quiere serlo y se considera infinitamente obligado hacia su vencedor. ¡Oh Dios mío! triunfad de mí: *Ecce me totum omnesque sortes meas in manibus tuis plene et fiducialiter repono: quod tibi placitum fuerit, hoc deinceps fiat* (2).

PUNTO III

Nada puede haber que redunde en mayor honra mía que conformar en todo mi voluntad con la de Dios

Con eso, emancipándome de toda otra servidumbre, para depender solamente de Aquel cuyos servidores son reyes, me sublimo hasta la vida de los ángeles, hasta la vida de Jesucristo, que es la vida del mismo Dios.

1.º Despojándome de mi propia voluntad para hacer en todo la de Dios, resulta que tengo una misma regla de conducta y una misma vida con los ángeles. «Oh, ángeles del Señor bendecidle vosotros que cumplís con tanto empeño y poderío las órdenes que de El recibís.... Virtudes del Señor, bendecidle vosotros que sois sus ministros y que hacéis su voluntad.» (3).

(1) *Inveni David filium Jesse, virum secundum cor meum, qui facit omnes voluntates meas* (Act., XIII, 22).

(2) Memor. vit. sacerd. c. 48.

(3) *Benedicite Domino, omnes Angeli ejus: potentes virtute, facientes verbum illius, ad audiendam vocem sermonum ejus. Be-*

Uno es el móvil de los ángeles, el beneplácito divino, Dios lo quiere; esta es la ley á la cual todos obedecen. Dios lo quiere, y este príncipe del Cielo va á tomar el gobierno de un pueblo ó la protección de un niño. Está contento lo mismo si le encargan la guardia de un pecador como la de un santo. Este pecador no le mostrará gratitud alguna por sus servicios y le forzará á ser testigo de mil abominaciones..... Pero puesto que Dios lo quiere, el ángel le prodigará todos sus cuidados con el afecto que tiene la madre más tierna hacia su único hijo. No es por ventura hermoso el tener la misma ocupación que estos espíritus bienaventurados é imitar su vida? Sin embargo más alto todavía me eleva la conformidad con la voluntad divina.

2.º Me da una admirable semejanza é inefable parentesco con el Rey de los ángeles. Jesucristo no vino al mundo, ni pasó la vida, ni murió sino para conformarse en todo con la voluntad de su Padre..... No vino de por sí, sino que su Padre lo envió: *Misit me vivens Pater* (1). Todo lo determinó la voluntad de su Padre: el tiempo, el lugar, lo que había de durar su misión en medio de los hombres; ella ha dirigido todos los pasos de su vida, dictado todas sus palabras, ordenado todos sus milagros..... *Quæ placita sunt ei facio semper* (2); ella ha fijado el género y circunstancias de su muerte: *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper* (3). Antes de expirar parece que se pregunta á sí mismo: He cumplido la voluntad de mi Padre? Sí, todo está consumado. No necesito ya vivir por más tiempo: *Et inclinato capite tradidit spiritum* (4). Esta virtud, pues, es la que me hace perfecto imitador del Hijo de Dios, y su imagen viva. Más aun: prac-

nedicite Domino, omnes virtutes ejus, ministri ejus, qui facitis voluntatem ejus (Ps., CII, 20, 21.)

- (1) Joan., VI, 58.
- (2) Ibid., VIII, 29.
- (3) Ibid., XIX, 11.
- (4) Ibid., 30.

ticándola entro á formar parte de su familia, vengo á ser hermano suyo; me ama, en cierto modo como á su propia Madre; pues El ha dicho: *El que cumple la voluntad de mi Padre que está en el Cielo, este es mi hermano, mi hermana, y mi madre* (1). Como si dijera: Si María tiene el primer lugar en mi corazón, es precisamente porque ha sido la más perfecta de las criaturas en la conformidad con la voluntad de Dios.

Queriendo lo que quiere Dios, como El lo quiere, y porque lo quiere, tendré con el Salvador el mismo alimento: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me* (2). Lo que á El le daba vida, es lo que me da vida también á mí: soy como otro Cristo, un Dios hecho hombre que habla con los demás hombres: *Qui paret Deo efficitur, ad magistri imaginem, Deus in carne conversans* (3).

Por consiguiente, del mismo modo el Verbo Eterno, para conformar su voluntad con la de su Padre, en la obra de nuestra Redención, ha tenido que bajar hasta los últimos límites de la humillación, nosotros por el contrario practicando esta virtud nos sublimamos por encima de toda criatura: subimos, dice San Buenaventura, por medio de este vuelo santamente audaz, hasta el Cielo de la adorable Trinidad, para úrnos con Dios, tomando su voluntad como regla de conducta: *Ascendit ad cælum Trinitatis, ei per conformitatem voluntatis inhærendo* (4). De este modo participamos también de los dos atributos divinos á que parecía que nuestra debilidad no podía llegar: la infalibilidad é impecabilidad; porque cuando cumpla con la voluntad del Señor, obedezco á las órdenes de su divina sabiduría. ¿Podré así engañarme? ¿Obro conforme á su infinita santidad? ¿Podré acaso pecar?

(1) *Quicumque fecerit voluntatem Patris mei, qui in cælis est, ipse meus frater, et soror et mater est* (Matth., XII, 50).

(2) Joan., IV, 34.

(3) Clem. Alex. 7. Strom.

(4) Serm. in Dom. Adv.

¿Habéis tenido en ese aprecio una virtud tan excelente? ¿Qué habéis hecho hasta ahora para adquirir el hábito de practicarla? ¿Qué haréis en adelante?

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—¿Qué cosa más justa que conformar mi voluntad con la de Dios? La voluntad de Dios, es la del amo, la mía la del siervo. A El corresponde el derecho de mandar, á mí el obedecer.—La voluntad de Dios se halla siempre en completa lucidez, la mía sujeta á mil errores. La de Dios es el recto sendero y la misma santidad, jamás muda; la mía está depravada, inconstante, capaz de todo lo malo. ¡Cuán justo es por consiguiente que me deje dirigir por la voluntad de Dios sometiéndole la mía!

PUNTO SEGUNDO.—¿Qué cosa más excelente que conformar en todo mi voluntad con la de Dios? Después de la unión de la naturaleza humana con la divina, que adoramos en Jesucristo, y la unión de la maternidad con la virginidad que honramos en María, nada hay más admirable que la unión de nuestra voluntad con la de Dios. Parece que haya querido significarnos cuán grato le sea esto cuando dijo: *He hallado en David un hombre según mi corazón, porque él hará sólo mi voluntad.* Semejante abandono filial en las manos del Señor, es el más bello triunfo de la gracia sobre nuestra voluntad, sin lastimar por eso nuestro libre albedrío.

PUNTO TERCERO.—¿Hay nada más honroso que conformar en todo mi voluntad con la de Dios? Por esta virtud: 1.º Me sublimo hasta la categoría de los ángeles; una misma regla nos rige, un mismo principio de acción, una misma vida. 2.º Adquiero con esto una admirable semejanza, una especie de parentesco con Jesucristo Rey de los ángeles. Ha venido á este mundo, ha vivido y muerto haciendo siempre la voluntad de su Padre. Por esta virtud tengo común alimento con Jesucristo.... Vengo á formar parte de su familia, vengo á ser su hermano, su hermana y su madre.... Tomando la voluntad de Dios como regla de la mía me remonto hasta El.; participo de su infalibilidad y de su impecabilidad.

MEDITACIÓN CI

Conformidad con la voluntad de Dios.—Bienes que el alma encuentra en ella

- I. La más perfecta santidad.
- II. La más completa dicha.

PUNTO I

La santidad más perfecta consiste en conformar en todo nuestra voluntad con la de Dios

Lo hemos meditado ya. La voluntad divina es la regla de toda santidad: más aún, es la santidad misma; cuanto más me conforme con su divina voluntad, tanto más perfecto seré. ¿Puede concebirse vida más perfecta que la de Jesucristo? Pues bien, es incontestable que la voluntad de su Padre Celestial ha sido la norma que ha reputado todos los momentos de su existencia: *In his quæ Patris mei sunt oportet me esse* (1). Por consiguiente si la medida de nuestra semejanza con este divino modelo de todo lo que es perfecto ha de ser también la medida de nuestra perfección, nuestros progresos en esta perfección corresponderán á los progresos que hagamos en su divina voluntad. Practicando esta virtud practicamos también todas las demás y con el más laudable fin.

1.º Queriendo lo que Dios quiere practico todas las virtudes:—la fe, por la cual veo á Dios en todos los acontecimientos, así grandes como pequeños; á Dios que preside á todo, que todo lo gobierna y dirige con un poder á quien nada puede arredrar, con una sabiduría que nadie puede engañar, y una bondad á la cual nada puede igualarse;—la confian-

(1) Luc., II, 49.

za, puesto que me abandono en los brazos de su amor, echándome en su seno, y lo mismo que un niño se echa en los brazos de su madre; —la mortificación, la paciencia, la humildad, puesto que me someto á los golpes de su Justicia, y que bendiciéndole en todo tiempo, acepto como venidas de su mano las pruebas y sufrimientos lo mismo que los consue- los.—Otras virtudes practicamos también, y con laudable motivo, á saber: el amor y el amor más puro.

2.º La conformidad con el beneplácito divino no es otra cosa en el fondo que la caridad, en la cual consiste toda santidad, toda perfección: *Plenitudo legis est dilectio* (1). ¿Cuál será, pues, este amor que Dios pide de nosotros y quien nos lo podrá enseñar mejor que El mismo? *Aquel que conoce mis mandamientos y los guarda, este es el que ama* (2). El lenguaje de la razón es en este punto el mismo que el de la fe. ¿No decimos todos los días que dos corazones se hallan unidos, que se aman mutuamente con perfecta amistad cuando quieren ó dejan de querer una misma cosa: *Eadem velle, eadem nolle ea demum firma amicitia est?* (3).—Querer lo que Dios quiere es amarle como El se ama á sí mismo, es desearle todo el bien que El se desea, y de la manera que El lo desea..... es lo mismo que decirle: *¿Qué otra cosa puedo ambicionar en el Cielo ó en la tierra sino á Vos, ¡oh Dios de mi corazón! y mi herencia para la eternidad?* (4).

San Pablo comprendió también en el momento de su conversión, cuán perfecta es la práctica de esta virtud que su primera palabra fué un acto de completa resignación á la voluntad divina: *Señor ¿qué queréis que haga?* (5) No le dijo: Dios mío puesto que os habéis dignado venir á mí y dáros á conocer á

(1) Rom., XIII, 10.

(2) *Qui habit mandata mea et servat ea, ille est qui diligit me.* (Joan., XIV, 21).

(3) S. Hier., *Epist. ad Demet.*

(4) Ps., LXXII, 25.

(5) Act., IX, 6.

vuestro más indigno siervo, quiero en adelante ser vuestro apóstol, quiero ser mártir, quiero dar testimonio con mis sudores y aún con mi sangre, de la gratitud que abrigo en mi corazón por tan tierna caridad hacia mí, quiero retirarme al desierto para llorar allí mis crímenes.... Nada de eso, dice solamente: *Domine quid vis me facere?* Hablad, ó Dios mío, mandad, ¿qué queréis que haga? Vedme aquí en vuestras manos lo mismo que el barro en manos del alfarero; haced de mí lo que queráis. *O verbum breve, sed plenum, sed vivum, sed efficax, sed dignum omni acceptione!* (1) ¡Cuán dulce es para mí encontrar la santidad que Dios me pide en una sola virtud que puedo practicar en todo momento y que embarga el alma de tan celeste suavidad!

PUNTO II

Conformar en todo nuestra voluntad con la de Dios es la más completa dicha

La felicidad, en toda la extensión de la palabra, consiste, de una parte, en verse libre de todo mal, y de otra en poseer todo aquello que uno quiere y de la manera que quiere. ¿Quién puede poseer semejante felicidad sobre la tierra? Aquel que practica en absoluto la virtud que estoy meditando.

Por múltiples que sean los males que nos pueden sobrevenir en este valle de lágrimas, podemos sin embargo reducirlos á estas dos clases: unos del orden moral y sobrenatural, como el pecado con todas sus consecuencias; los otros á los cuales damos mayor importancia de la que merecen, son los de naturaleza, á saber: las enfermedades, las separaciones dolorosas, las persecuciones, la pérdida de las riquezas, del honor... ¿Estamos bastante persuadidos que la conformidad con la voluntad divina nos pone al abrigo de todos estos males?

(1) S. Bern. Serm. I, de Conv. S. Pauli.

Respecto al mal moral, ó sea al pecado, es evidente: pecamos si queremos lo que Dios no quiere ó dejamos de querer lo que El quiere. El pecado no es otra cosa que una indigna preferencia de la voluntad del hombre á la de Dios.

En cuanto á los males de la segunda clase, no vienen á ser tales sino en cuanto se oponen á nuestra voluntad, puesto que el sufrimiento que deseo, el trabajo ó pena que me agrada, la fatiga que busco, la cruz que deseo tanto no son para mí un mal porque tendría á desdicha el no sufrirlos: *Passus est aliquid mali?* dice San Juan Crisóstomo, *si vilis, non est malum; gratias age; et mutatur malum in bonum*. He ahí pues la primera condición de la felicidad que experimenta el hombre que no quiere otra cosa que lo que quiere Dios. Echándose en brazos de la Providencia, se ha refugiado en un sitio seguro y donde los males no pueden darle alcance. *Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum* (1). De ahí esta tranquilidad inalterable, esta paz profunda que sobrepuja todo sentimiento, ese desapego de nuestros deseos, en que consiste la segunda condición de nuestra felicidad, ó mejor, según San Agustín, en que consiste nuestra felicidad misma: *Felicitas, desideriorum quies*.

Lo que constituye el Reino de Dios, dice San Pablo, es decir la bienaventuranza de los santos en este mundo, *no es comer y beber, sino la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo* (2). He ahí la herencia de los hijos de Dios en este mundo; la llamamos bienaventuranza por la semejanza que nos da con los bienaventurados. Uno de sus privilegios consiste de poseer en Dios todos los bienes, de no tener ningún cambio que desear ni temer, y lo es también, con proporción, del alma que ha llegado á la perfección de esta humildad. Desde el momento que pone su felicidad en cumplir la voluntad divina, ella la hace in-

(1) Ps., XC, 9, 10.
(2) Rom., XIV, 17.

mutable como la del mismo Dios. No solamente *no se entristecerá por cualquier cosa que le sobrevenga* (1), sino que todo le sucede á medida de sus deseos. Apoyado en la voluntad del Señor, esta alma estará siempre en el gozo de la esperanza: *Spe gaudentes* (2). En medio de las más violentas tormentas, asida á esa roca inquebrantable, se mofa del furor de las olas y reta todas las potestades del infierno. «¡Oh mi Dios, cuando yo esté enteramente unido á Vos, cuando todo lo que tengo esté completamente ligado á Vos por el lazo del amor y de la gracia, acabarán en mí todas las penas y dolores; entonces mi vida estará llena de gozo, porque yo estaré lleno de Vos» (3).

Finalmente, lo que colma la felicidad del Sacerdote es el cooperar eficazmente á la de sus hermanos. Ahora bien, he ahí uno de los efectos de esta santa conformidad. Nos une íntimamente al Salvador; el mismo espíritu que lo anima á El nos anima también á nosotros; la misma regla nos dirige, el mismo Pan nos nutre; Jesús habla, obra, sufre y nos ayuda á salvar las almas; tenemos todo aquello que necesitamos para cumplir en esto sus deseos: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum* (4).

Lo esencial en este punto consiste en avivar nuestra fe. Mientras, viendo las cosas tal como El nos las enseña, caminemos á la luz de sus divinos resplandores, podremos decir á Dios de todo corazón: *Adveniat regnum tuum*; y al mismo tiempo nos pondremos en sus manos deseando que reine entre nosotros y sobre nosotros. Podremos decirle también: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo*, puesto que con eso consentiremos en hacerla en todo lo que depende de nosotros, y en que Dios la haga en aquello que de nosotros no depende; «de suerte que, dice Bossuet, sea El nuestro Soberano, lo mismo que

(1) *Non contristabit justum quidquid ei acciderit.* (Prov., XII, 21).

(2) Rom., XII, 12,

(3) S. Aug. *Conf.*, l. X, c. XVIII.

(4) Joan., XV, 5.

lo es en el Cielo de los espíritus bienaventurados, los cuales, cuando Dios habla, sólo saben decir *amen*, es decir, así sea; y cuando obra, sólo saben cantar el *alleluja*, es decir, alabado sea Dios» (1).

Unamos á la meditación y oración, frecuentes actos de esta virtud. En los sucesos adversos, ó cuando nos acontezca algún caso inesperado, sepamos refugiarnos en la adorable voluntad de Dios, y repetir con el mismo Jesucristo: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La más perfecta santidad consiste en conformar mi voluntad con la de Dios.*—No queriendo otra cosa que lo que Dios quiere, practico todas las virtudes: la fe, la confianza, la mortificación..... y con el más laudable fin; porque semejante conformidad, en el fondo, no es otra cosa que la caridad. Si me amáis, guardad mis mandamientos (3).—Querer lo que quiere Dios es amarle como El se ama á sí mismo, como El quiere que le amemos. San Pablo así lo entendió desde el primer momento de su conversión: Señor, ¿qué queréis que haga? ¿Cuán suave es para mí el encontrar toda la perfección en una sola virtud, y esta tan fácil de practicar!

PUNTO SEGUNDO.—*La más completa dicha consiste en conformar mi voluntad con la de Dios.*—Por esta virtud me pongo al cubierto de todo el mal, y encuentro todo el bien que deseo.—Desaparece el mal moral, desaparece el pecado, pues que el pecado no es otra cosa que la oposición á su divina voluntad. Desaparece también el mal en el orden natural; por el sufrimiento que deseo, que es de mi agrado, que yo busco, lejos de ser para mí un mal, son un bien. Refugiándome en la voluntad de Dios, me libero de todos estos males.—De ahí esta paz, este desapego de todos los deseos, que es la

(1) Sermón sobre el abandono en manos de Dios.

(2) Matth., XI, 29.

(3) Joan., XIV, 15.

segunda condición de la felicidad, ó mejor la felicidad misma. Desde el momento en que hice consistir mi felicidad en el beneplácito divino, la he hecho inmutable como la de Dios mismo. «¡Oh Dios mío, cuando esté enteramente unido á Vos, entonces no sentiré pena ni dolor; entonces mi vida estará llena de gozo, porque me hallaré lleno de Vos!» (1).

MEDITACIÓN CII

Amor de Dios.—Sus motivos

PUNTO I

Dios quiere que le amemos

Pruebas evidentes de esta verdad las encontramos:—En todas las criaturas, las cuales El ha sacado de la nada, y las conserva continuamente para hacernos ver en ellas algunos destellos de su hermosura, de su sabiduría, de su poder y de su bondad...., y con esto excitarnos á su amor.—En la misma misión de Jesucristo al venir al mundo, que no ha sido sino para traer á él el fuego de la divina caridad, siendo su voluntad explícita que se encienda en todos los corazones: *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?* (1) En la ley divina. Su primer mandamiento y el mayor de todos, es la obligación que nos impone de que le amemos: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua* (2). A este primer precepto, y al segundo, que le es semejante en importancia, el de amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos, se refieren todos los demás preceptos; sea que nos prohiban la demasiada solitud por las necesidades

(1) S. Aug.

(1) Luc., XII, 49.

(2) Ibid., X, 27.